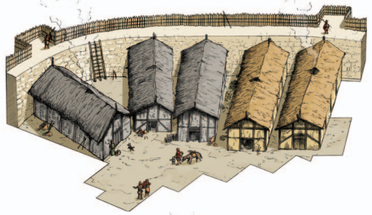
DESARROLLO URBANO

El yacimiento de Las Eretas es en realidad una sucesión de poblados superpuestos, es decir, construidos sobre las ruinas de los anteriores. Las casas del primer poblado se construyeron cuando la muralla de piedra y la calle de cantos rodados ya estaban hechas (fase 1, siglo VII a.C.). Tenían planta rectangular y un hogar en el centro, pero su estructura era muy frágil pues estaba formada por pequeños postes de fresno alineados y clavados en el suelo con entramado de palos revestidos de barro. Probablemente tuvieron tejado a dos aguas en sentido longitudinal, pues entre unas casas y otras había zonas de libre circulación, desde donde se accedería a la muralla. Sabemos que este poblado fundacional se quemó, desconociendo si fue de forma fortuita o intencional.

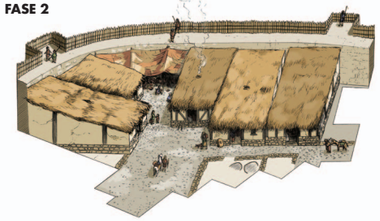
Sobre las cenizas de esta primera aldea fortificada, los campesinos que la habitaron construyeron un segundo poblado (fase 2) con un caserío más compacto y resistente, pues las casas compartían muros de carga medianeros y se levantaban sobre un zócalo de piedra de mampostería. Las paredes eran de adobe o tapial y el tejado –a una vertiente desde la muralla hasta la calle– de madera, paja y tierra; esta cubierta estaba dividida en tres tramos separados por dos traviesas que se apoyaban en los muros de carga laterales y sobre sendos postes centrales, que han dejado su impronta en el suelo. La vida en este segundo poblado se desarrolló entre los siglos VI y V a.C. sin mayores cambios de su traza, si bien seguramente a causa de un incendio parcial se rediseñó el sector occidental del caserío modificando la disposición de las casas (fase 3), lo que permitió crear junto a la muralla un obrador de panificación para una producción quizás colectiva. En él se han descubierto dos hornos, un hogar y varios vasares en los que se realizaría la molienda de los cereales y la preparación del pan.

Por las investigaciones realizadas sabemos que entre los siglos IV y III a.C. esta aldea se quedó pequeña, pues se derribó la muralla para poder expandirse por el oeste. A esta fase constructiva (tercer poblado) corresponde la pavimentación de la calle con losas de piedra, pero conocemos peor el trazado de su caserío ya que los niveles arqueológicos apenas se han conservado por estar próximos a la superficie.

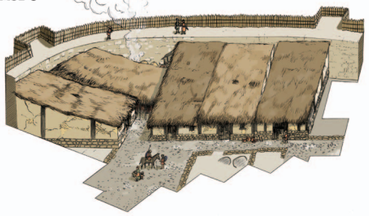
FASE 1



FASE 2

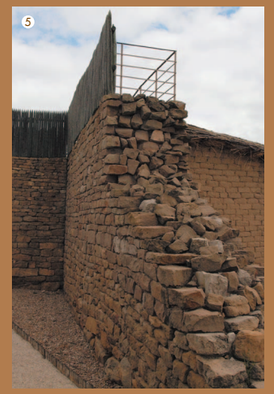


FASE 3



LAS ERETAS SE ROMANIZA

Este poblado estuvo habitado hasta el siglo I a.C., pues se ha descubierto un nivel de destrucción fechable a comienzos de esa centuria, quizás en relación con las denominadas guerras sertorianas. Algo después de este conflicto se construyó en Berbinzana una nueva aldea o *vicus*, pero no en este sitio sino algo más al Norte, donde se han recogido abundantes restos arqueológicos. De la época del emperador Constantino (siglo IV d.C.) es un miliario o mojón informativo de la calzada romana que por el valle del Arga comunicaba las ciudades de *Graccurris* (Alfaro) con *Andelo* (Andión, Mendigorría) y *Pompelo* (Pamplona).



1 Visita al museo. **2** Vista de la sala. **3** Maqueta de las casas del poblado de El Castillar de Mendavia. **4** Vasija de cerámica con restos de carbón. **5** Recreación de la fortificación. **6** Proceso de excavación del yacimiento. **7** Visita escolar. **8** Interpretación de un kamishibai a un grupo de escolares.

Ayuntamiento de Berbinzana
Reyno de Navarra — Tierra de Diversidad
Gobierno de Navarra

MUSEO Y YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO
LAS ERETAS

MUSEO Y YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO
LAS ERETAS

LA EDAD DEL HIERRO

En el ocaso de la Edad del Bronce (a partir del año 1000 a.C.) y sobre todo en la Edad del Hierro (desde el 725 a.C.) en el valle del Ebro se implantó un nuevo modelo social de procedencia centroeuropea (el horizonte arqueológico de los 'Campos de Urnas') con tres grandes aportaciones culturales: la concentración de las comunidades humanas en aldeas con casas agrupadas, la implantación de una desarrollada economía de base cerealista y la adopción de la cremación como ritual funerario. En una primera fase fueron pequeños poblados autónomos, pero a partir del siglo V a.C., coincidiendo con la emergencia de la aristocracia, el territorio se estructuró en ciudades-estado, que en el siglo II a.C. acuñaron su propia moneda con su nombre e incluso firmaron pactos de hospitalidad.

UN PAISAJE FORTIFICADO: POBLADOS Y CASTROS

Las comunidades de la Ribera fueron las primeras en aplicar este nuevo modelo de poblado-necrópolis, pero pronto se hizo extensivo a casi toda la geografía navarra si exceptuamos la región pirenaica, frecuentada por grupos pastoriles nómadas que explotaban los pastos de altura. Los poblados en la llanura y los castros en las alturas (en cerros, peñas, cumbres, cornisas rocosas) tienen una característica común: están defendidos por sólidas estructuras (murallas, bastiones, torres y fosos). La muralla era el elemento más destacado de la fortificación y, además de la función defensiva y coercitiva de la comunidad, también protegía de los vientos y tenía un carácter simbólico e identitario como expresión del poder político territorial. Al interior, tenían un caserío perfectamente planificado con calles trazadas a cordel y barriadas de viviendas pareadas. Las casas, por lo general, eran de planta rectangular alargada, estructuradas en un vestíbulo, una sala central con el hogar y una despensa al fondo; con cimientos de piedra, las paredes eran de adobe o tapial pintado y el tejado se cubría con ramas y tierra.

UNA SOCIEDAD DE CAMPESINOS, PASTORES Y ARTESANOS

La familia nuclear constituía la base social de estas comunidades, que estaban regidas por un patriarca o jefe. Parece ser que al principio tenían sistemas de producción colectivos que, con el paso del tiempo, se fueron rompiendo por la aparición de una clase aristocrática y guerrera que acumuló riqueza al controlar las fuentes productivas y el comercio. La mayor parte de la población trabajaba el campo para producir cereales; el trigo y la cebada transformados en pan y cerveza constituían la base de la alimentación, complementada con legumbres y hortalizas. La crianza de animales para la producción de carne y leche también constituyó una actividad económica de primer orden, especialmente para las poblaciones de algunos castros de la Montaña. La cerámica, que era la principal actividad artesanal, a partir del siglo IV a.C. comenzó a fabricarse en serie, gracias a la utilización del torno alfarero rápido. La metalurgia del hierro y el bronce, el trabajo de la madera y la industria textil eran otros oficios desempeñados.

CULTOS Y RITUALES FUNERARIOS

Las comunidades de la Edad del Hierro quemaban los cadáveres en piras de leña. Las cenizas y el ajuar personal se guardaban en urnas, que se depositaban junto a ofrendas simbólicas de comida bajo túmulos de piedras o círculos de adobe en las necrópolis, que estaban cerca de los poblados. Sin embargo, los niños que morían antes del nacimiento o de corta edad (hasta la dentición de leche) por lo general se inhumaron bajo el suelo de las casas, al calor del hogar familiar. Los guerreros que caían en batalla tenían un tratamiento especial: se exponían sus cuerpos al aire libre para que su carne fuera consumida por los buitres, animales sagrados que trasladaban el alma del difunto al Más Allá. Los grupos pastoriles pirenaicos también levantaron unos monumentos pétreos circulares denominados crómlech para guardar las cenizas de sus muertos. Apenas conocemos la religiosidad de la Edad del Hierro, ya que el mundo de las ideas no suele dejar huellas arqueológicas. Sí que sabemos que la sociedad celta, particularmente la celtibérica, muestra una profunda religiosidad, ubicando los centros de culto lejos de los poblados, en los montes, bosques, ríos, cuevas, etc.

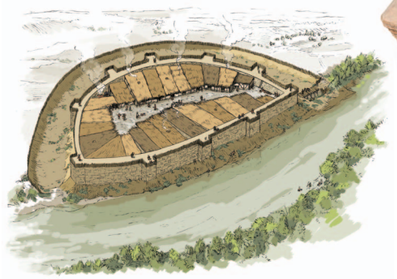
LA LLEGADA DE ROMA

La romanización del territorio fue temprana en esta parte del valle del Ebro (siglo II a.C.), si bien hasta mediados del siglo I a.C. se mantuvo la estructura poblacional indígena sin grandes cambios. Las fuentes escritas señalan que la actual Navarra entonces estaba ocupada por los grupos étnicos denominados celtíberos, berones, várdulos y vascones, que nunca fueron entidades políticas o estatales. Del análisis lingüístico de algunas inscripciones se infiere que aquí se habló o conoció el celtibérico (lengua celta), el ibérico y el protovasco (ambos no indoeuropeos pero de difícil adscripción lingüística), a los que se sumó el latín tras el contacto con Roma. Los dos primeros usaron y adaptaron el signario ibérico para transcribir su habla, lo que se discute para el tercero que, en cualquier caso, manifiesta su presencia en nombres de personas y dioses.

LAS ERETAS, UN POBLADO DE RIBERA

UNA FORTIFICACIÓN A ORILLAS DEL ARGA

En el siglo VII a.C., un grupo de campesinos eligió este sitio junto al Arga para construir su poblado y colonizar las productivas tierras sedimentarias del entorno. Aprovecharon como defensa natural el desnivel de la caída del terreno al río y fortificaron el perímetro con una sólida muralla con torreones de sillarejo y ripios colocados a seco, excavando en el exterior un foso. La piedra tuvo que ser extraída de canteras de arenisca situadas a un kilómetro de distancia. Todo ello nos habla de un diseño previo del poblado y un trabajo comunitario realizado bajo una eficiente dirección de obra.

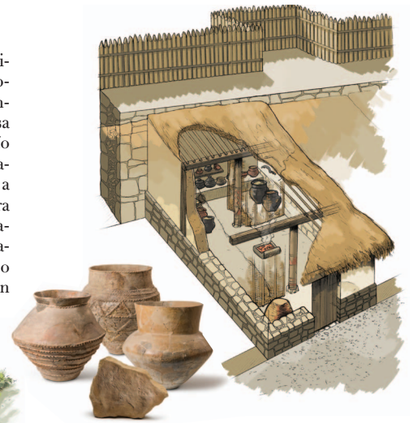


PLANIFICACIÓN URBANA

Como solo se ha excavado una pequeña parte del poblado desconocemos su planta que, por paralelos arqueológicos, suponemos con disposición semicircular donde el tramo recto del perímetro habría coincidido con la margen del terreno que cae al río; tampoco se ha descubierto la puerta de entrada a esta ciudadela. La ordenación urbana del núcleo se articuló por una calle central trazada a cordel y una pequeña plaza, pavimentadas con cantos de río y losas.

LAS CASAS Y EL AJUAR DOMÉSTICO

Las viviendas responden al modelo céltico de casa con planta rectangular; son de parecido tamaño y el mismo nivel de riqueza, lo cual parece indicar que no había diferencias sociales entre las familias que habitaron el poblado. Presentan suelos de tierra apelmazada y suelen tener las siguientes habitaciones: un vestíbulo tras la puerta donde solía estar el horno, una sala principal con un hogar en el centro y, tras ella, la despensa, que presenta bancos de tapial junto a las paredes, pintados de rojo y negro al igual que los muros, que también estaban encalados. Las dos vigas maestras del tejado –hecho de troncos de árboles, ramas, paja y tierra– se sostenían con sendos postes clavados en el suelo. Tinajas para el almacenaje, cazuelas, vasos y cuencos de cerámica están presentes en todas las casas pues constituyen el equipamiento doméstico principal. Otros elementos de ajuar recuperado son fusayolas y agujas para tejer, moldes para la fundición de bronce, molinos de mano, elementos de adorno personal y restos de alimentación (cereales, ostras y huesos correspondientes a fauna doméstica y salvaje).



ENTERRAMIENTOS INFANTILES EN EL HOGAR

A falta de descubrir el lugar exacto de la necrópolis del poblado, ubicada extramuros, se han recuperado un total de seis inhumaciones infantiles bajo el suelo de las casas correspondientes a fetos terminales y niños recién nacidos, ritual funerario muy arraigado en aquella época hasta la implantación del cristianismo. Destaca la sepultura cubierta por una losa de piedra que correspondió a un niño –de no más de tres meses– al que se ofrendó un vasito de cerámica con alimento.